

La llegada de las noticias de la Revolución al Virreinato

RODRIGO ALZATE*

En la sociedad colonial la apelación a la violencia en las diversas instancias de la vida económica y política era rutinaria. La violencia en diversas y ricas formas caracteriza el período fundador de nuestra historia que recibe el nombre apropiado de Conquista. También la violencia política se hizo presente desde el comienzo de la historia hispanoamericana. Los hechos de Cortés y Pizarro ilustran bien esto. O el levantamiento de Lope de Aguirre contra el rey —uno de tantos levantamientos de naturaleza separatista— que inaugura desde el mismo siglo XVI un historial de violencia política muy rico en incidentes, hasta los levantamientos de Tupac Amaru en el Perú y de los Comuneros de las provincias de Socorro y Tunja en la Nueva Granada a finales del siglo XVIII, menos de una década antes del desencadenamiento de la Revolución Francesa.

Los estamentos criollos tenían además varios recursos de contestación que la tradición hispánica peninsular legitimaba frente al absolutismo: las comunas políticas urbanas, los fueros y las libertades ciudadanas (y las rurales como la poderosa Mesta), el espíritu de cabildo abierto del común que se sentía autorizado a levantarse ante cualquier clamorosa injusticia de los poderes gobernantes. Esta actitud encuentra respaldo doctrinario en los juristas españoles Suárez y Vitoria quienes reconocen al pueblo el derecho de clamar al cielo —o sea la rebelión y aún el tiranicidio cuando se considera que el gobierno no es legítimo o ha degenerado en Tiranía.

El iusnaturalismo medieval llegó a conclusiones parecidas antes. O sea que en la compleja cultura hispánica se siente una poderosa y desgarradora dualidad: por una parte, un tenaz espíritu libertario del individuo, del ciudadano del común, en la oscura y contradictoria base de la sociedad civil española: hasta el mendigo exige su distinción, o el joven aprendiz de conquistador pretende que le adjudiquen un río “para él solo, para mear él solo, para bañarse él solo”; la mayoría se contentará con reclamar un feudo para sí. Los pícaros de las famosas novelas repetían todos la sentencia que afirmaba el mínimo de la persona viviente: “Debajo de mi capa, al Rey mato”. Por otra parte, esta posición contrasta notablemente con la estabilidad de la poderosa monarquía ibérica: un absolutismo burocrático y eclesiástico legitimado teocráticamente y de características socioeconómicas tan anacrónicas como las del zarismo, y que llegó a conducir la opresión colonialista hasta extremos como a los que se llegó bajo la dominación de Felipe II en los Países Bajos, con los auspicios del Consejo de La Sangre, inventado y dirigido por el Duque de Alba. El hecho de que la Corona española aplicara estos métodos de dominio a un pueblo que había realizado y estaba desarrollando la primera revolución civil burguesa y democrática de la historia, ha contribuido al desprestigio radical no sólo de la monarquía y sus colonias, sino de España misma, del ser hispánico. Esto explica las poderosas corrientes de la leyenda negra de España que se formaron en los países anglosajones, y también en países católicos como Francia, leyenda que pretende reducir la obra de la

* Profesor asistente, Depto. de Sociología.

colonización ibérica de América a juicios sumarios y absolutos acerca del holocausto demográfico aborigen, la esclavitud física de los africanos y el embrutecimiento espiritual de los indígenas dominados por la evangelización. Hoy no podemos aceptar estos juicios. Menos cuando sabemos que esa leyenda negra era esgrimida oportunistamente por cada potencia colonial rival, u olvidada de la misma manera cuando los intereses de las alianzas y de la política así lo exigían. Hoy también estamos en condiciones de evaluar positivamente el fenomenal proceso de mestizaje, impulsado e iniciado por los españoles, proceso que hoy repara en muchas veces las víctimas de la Conquista y la Colonia. Y no sólo hablamos de la multiplicación de la población americana, sino también del efecto multiplicador del mestizaje en la cultura, que es un potencial histórico ya visible y actuante.

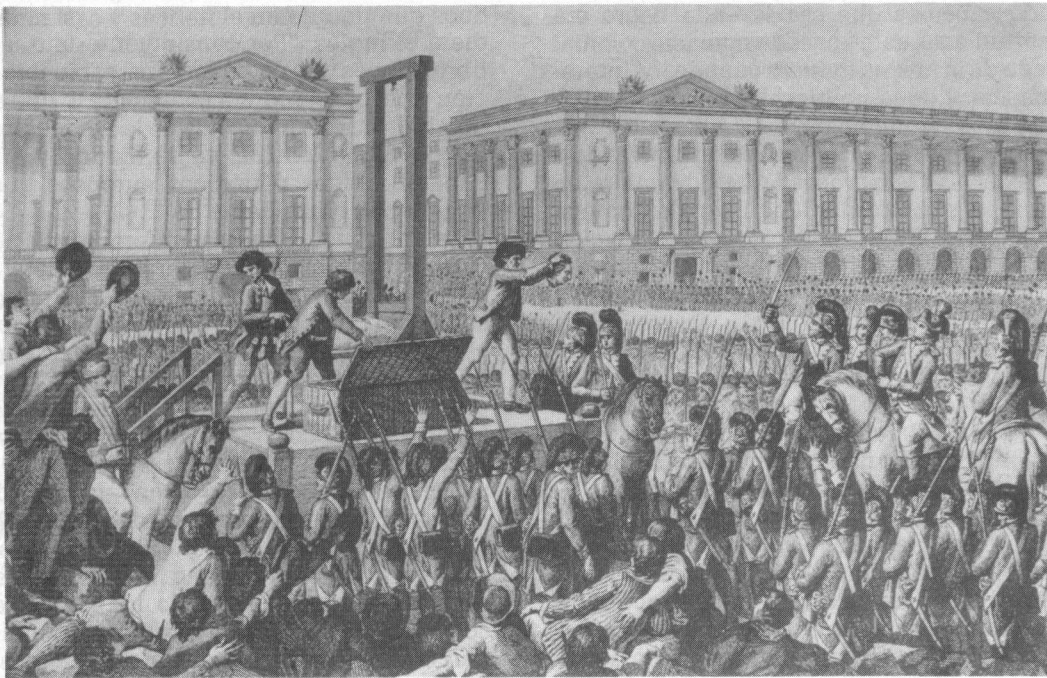
En este contexto histórico de la violencia hispánica, ¿por qué fue tan impactante el desarrollo de la Revolución Francesa para la sociedad tanto de la metrópoli como de las colonias? Para citar en primer lugar a los contemporáneos de los acontecimientos, don José Manuel Restrepo, quien fué años después Secretario del Interior de la Presidencia de Bolívar, nos dice en el primer tomo de su obra "Historia de la Revolución de la República de Colombia", que durante los gobiernos de virreyes como el Arzobispo Caballero y Góngora y el Conde Ezpeleta penetraron en la Nueva Granada las ideas científicas y políticas que iban a minar las bases de la domi-

nación colonial. La época de la administración del virrey Ezpeleta fue muy crítica y "entonces era cuando la Revolución Francesa escandalizaba a la Europa con sus crímenes y hacía gemir a la humanidad"¹. En estos tiempos sólo existían en Santa Fé de Bogotá unos pocos individuos que tradujeran el francés y casi nadie que entendiera el inglés. "Por consiguiente uno u otro diario o libro francés que podía burlar el espionaje de la Inquisición y del gobierno, era solamente lo que se leía por los hombres ilustrados acerca de la Revolución Francesa, o lo que decían *La Gaceta* de Madrid y *El Mercurio* de España, únicos periódicos europeos que libremente penetraban hasta Santa Fé"⁽²⁾.

La carencia de medios informativos públicos en el Nuevo Reino hizo que el virrey Ezpeleta trajera de La Habana a don Manuel del Socorro y Rodríguez, a quien colocó de bibliotecario y encargó la redacción y publicación de un papel semanal titulado "Papel Periódico de la Ciudad de Santa Fé de Bogotá", que empezó a publicarse en febrero de 1791, convirtiéndose así don Manuel del Socorro en nuestro primer periodista, y el Virrey en el primer empresario editor. O sea que las noticias anteriores a esta fecha —como la de la Toma de La Bastilla o la Proclamación de los Derechos del Hombre y del Ciudadano— sólo circulaban por la vía de la correspondencia oficial para las autoridades coloniales, o la correspondencia privada, los relatos de viajeros o el contrabando de libros y periódicos. En el Caribe existían cuatro grandes y activísimos puertos a donde las



Cabuya sobre el río Juárez en la provincia de Socorro.



Ejecución de Luis XVI el 21 de Enero de 1793.

noticias de la Revolución llegaban en algunos días o semanas: Caracas, la ciudad americana más cercana a Europa dadas las rutas de navegación de entonces, Cartagena, La Habana y Charleston. Hay que recordar el hecho de la resonancia de la Revolución en Haití casi a compás con los acontecimientos de Francia, que determinó levantamientos de "pardos" en la Nueva Granada y en la Capitanía de Venezuela, de tales dimensiones que generaron pánico en todos los estamentos coloniales. De esta manera "indirecta", las noticias de la Revolución llegaban muy frescas ciertamente. O más tremenda aún, la repercusión del 10 de agosto de 1792 —punto supremo de la Revolución Francesa— en el Brasil, bajo la furia y el idealismo del insurgente José Joaquim da Silva Xavier, dentista de oficio, apodado Tiradentes. Centenares de miles de esclavos se levantaron a lo largo de miles de kilómetros de la costa del Brasil, haciendo tambalear a la Iglesia y la corona portuguesas, degollando terratenientes europeos y criollos.

A lo largo de la publicación del Papel Periódico —desde julio de 1791 hasta el último número de 6 de enero de 1797— los sucesos fueron narrados simultáneamente con su ocurrencia y con el retraso explicable de las comunicaciones de entonces, y la narración tuvo siempre un tono moralizante y aleccionador sobre lo que en todo momento denominó el periódico "la anarquía política y social de la Francia". Este método conduce a una irrestricta defensa de la monarquía como forma natural de gobierno de los pueblos. Para el editor la Revolución

es, de principio a fin, un acontecimiento lamentable cuyo producto natural es la anarquía. La desaparición de la monarquía no puede significar más que la desaparición de todo orden. Se presentan las cosas como si un "pueblo-niño" culpable de engeguimiento temporal, durante el cual ha pasado por la guillotina a su rey, ahora tiene que vérselas, confundido, "sin saber cuál es el padre de la patria, y a quién debe ocurrir para el remedio de sus necesidades"³. A partir de esta visión de la Revolución como catástrofe entra el editor a glosar lo que le parecen las medidas más distintivas del acontecimiento, deteniéndose especialmente en las que tienen que ver con la infeliz suerte de la familia real, después de haber sido ejecutado el Soberano y Señor natural. Se relata de qué modo la reina, que sin lugar a dudas es la madre para la gente: virgen y mártir por extensión, ha sido detenida, en un olvido de su condición, y que aún llegaron sus captores a la osadía de "registrarle las faltriqueras". Sin compasión fue conducida ante jueces arbitrarios y sometida a un tremendo interrogatorio de varias horas que su salud no resistía. Como era de temerse, la suerte de los infantes no podía ser distinta. Se decía en tono misterioso y fatalista que por noticias de algunos fieles emigrados que han conseguido salir de París librándose de la guillotina o de la cárcel, se sabe que los sansculottes, a los que siempre se llamará en el periódico los "sin pantalones" para acentuar su carácter bajo y plebeyo, han ocupado al delfín en "hacer zapatos, con un gorro encarnado en la cabeza". "Del mismo modo —se dice—, al denigrante flagelo del trabajo manual no escapó su hermana", la princesa, "a

quien obligan a hacer camisas para la nación" mientras "va perdiendo visiblemente la salud"⁴.

En pasajes como los anteriores se explota el sentimiento de orfandad culpable del pueblo por regicidio y la rebelión, y sutilmente en la narración de la desgracia del rey se busca producir el efecto de encontrarnos ante las desgracias del propio padre, de Cristo mismo, según el ángulo de la descripción y el tono patético. Pero lo que más escandaliza al escritor es la pretensión de la Revolución de borrar hasta la memoria de los distintos órdenes de la sociedad: el Clero y la Nobleza. Precisamente explicable esto en una sociedad como la de la Nueva Granada de entonces, organizada sobre la base de la jerarquía y del privilegio, y la dominación religiosa y clerical. En diversos números del periódico se desarrollan críticas a cada una de las medidas revolucionarias: la supresión del calendario, la abolición del matrimonio, el establecimiento de lo que el periódico llama la "poligamia obligada", el divorcio, todo se somete a escarnio. Aunque el periódico elude el debate sobre principios, especula a veces sobre las causas de la Revolución: el carácter tan distinto de los vasallos de la monarquía y sus antagonismos, la incredulidad y el ataque a la religión, la influencia del calvinismo, que según el editor tenía gérmenes de "civismo" republicano, la crisis de la Hacienda Pública, "espina dorsal" de los gobiernos; y llega hasta distinguir certeramente dos componentes en la Revolución: la élite y el pueblo; pues luego de reconocer el escritor que hay una insurrección de las clases altas dice que hay que advertir "los medios y resortes de que se valieron para conmover la gente popular"⁵. Para dar una síntesis de la posición del periódico frente a la Revolución Francesa, citemos sus propias palabras: "Y al mismo tiempo que el mero hecho de pensar en la reforma de un establecimiento político... es un proyecto impío, tiránico e inhumano, porque para tal empresa es preciso destruir los objetos más amados de la religión, los vínculos más preciosos de la sociedad, los intereses más útiles del bien común"⁶. Y después de presentar el gobierno monárquico como el único acorde con los designios de la Providencia y de la religión natural, hace una defensa de sus principios fundamentales y no vacila en declarar en un número del año 1794, en consonancia con los dramáticos virajes de la Revolución:

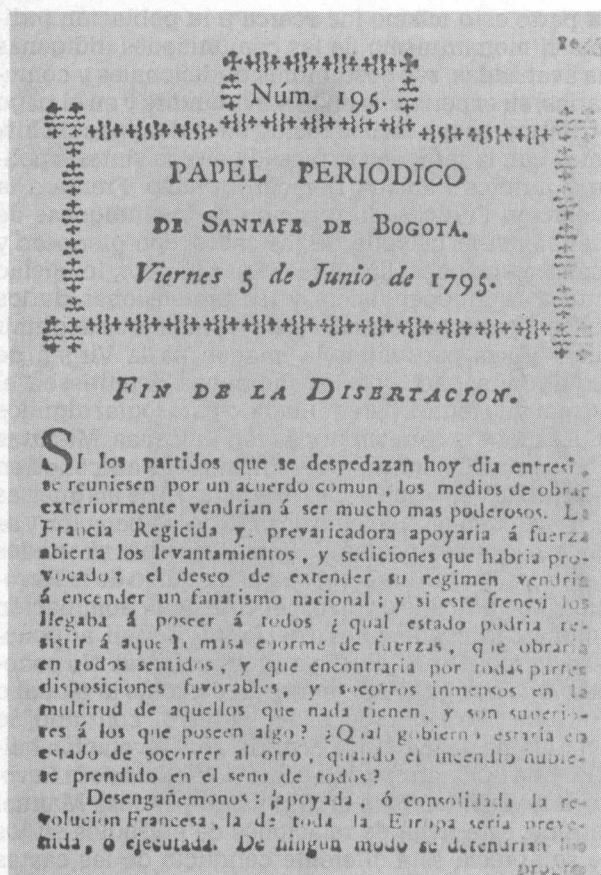
"La noticia más agradable que puede leerse en los fastos del siglo XVIII es la que insertamos en este número. Noticia por cierto la más feliz para la religión y la humanidad, pues nos debemos prometer de ella que sea el principio de la paz universal y de la cesación del cúmulo de miserias que oprimían al género humano".

Es la noticia que anuncia nada menos que el estallido de la Contrarrevolución en París y la muerte de más de quince mil sediciosos... "entre ellos Robespierre, el zapatero Simón, el nombrado Saint Just y otros muchos de la Convención"⁷.

Estas noticias y sus comentarios pasarán además por el tamiz de la autoridad patrocinadora: el virrey. Vale decir, por el tamiz de los valores de la hispanidad: la tradición, la familia, la religión, las costumbres ancestrales. Que son lo que hace semejantes a un ibérico o a un criollo, por encima de las demás diferencias. Y por

otra parte esto mismo los acerca a la población indígena: el monarquismo de las comunidades indígenas más avanzadas, sus costumbres tradicionales y comunitarias, su experiencia en la servidumbre y en el pago de tributos, hacen fácil la fusión de la dominación hispánica con la indígena expresada en esa síntesis política y jurídica llamada Derecho Indiano. Frente a la Revolución Francesa la reacción de los indígenas de América, en la mayoría de los casos, con gloriosas y pocas excepciones, fue el rechazo absoluto, lo mismo frente a la Independencia y las pretensiones de los criollos y patriotas. Varias veces tuvieron que esgrimir Bolívar y sus partidarios la imagen de la Virgen de Chiquinquirá para que los indígenas permitiesen el paso por una región determinada, o para lograr algunos reclutamientos para las tropas republicanas. Mientras los indígenas rechazaron el regicidio, los africanos en su mayoría, con excepciones al comienzo de las guerras de independencia, apoyaron la obra de la liberación y se sintieron más dispuestos a dejarse llevar por libertades y derechos, lo que los acercaba al lenguaje de la Revolución. Los africanos, con excepción de la dominación de monarcas musulmanes o del Reino de Mali, no conocieron la monarquía burocrático-estamental. No conocieron una sociedad tan jerarquizada como la feudal o la incaica. No sintieron el regicidio; al contrario, lo reprodujeron en la trágica historia de la revolución haitiana. Una obra tan extensa como la *Historia de la Revolución de la República de Colombia* por José Manuel Restrepo, está llena de relaciones de episodios en los que se aprecia esta diferente conducta de las castas frente a las tareas de la Independencia, y por tanto de la Revolución.

Y en la ciudad de Santa Fé de Bogotá, ¿cómo repercutieron las noticias? José María Caballero, soldado de Nariño y aventurero inteligente, escribía su diario en los días de la guerra de Independencia, en la capital del virreinato, y registra de modo sintomático y revelador las noticias del comienzo y el final del reinado de Luis XVI en dos frases sin transición de una a otra: "El año de 1774 tomó posesión del trono de Francia Luis XVI, en medio de la mayor efervescencia de los planetas. El 21 de enero de 1793 guillotinaron en Francia a Luis XVI, su misma nación"⁸. Lacónica manera de citar las dos fechas entre las cuales se halla el más extraordinario viraje histórico. Y del mismo modo que la sociedad de los padres del cronista de la Independencia juzgó la ejecución del rey como la muerte del padre, y como un atentado contra los fundamentos de la familia y la moral pública, así juzgó José María Caballero —ya adulto— el secuestro de los reyes de España por el emperador francés: "A 13 [Sep. de 1808] se echó bando de la guerra contra el emperador de los franceses Napoleón I, Bonaparte, por traidor y usurpador de las personas reales y católicas de España, haciendo este infame monarca la más vil acción que se cuenta en las historias: con título de paz y amistad sacar la familia real, llevarla a Bayona, y después que los tuvo en su poder los aprisionó y cautivó, haciendo que renunciase Fernando la Corona en su padre Carlos y éste en Napoleón"⁹. Ese día hubo además retretas y rogativas y en el balcón de



un notable de la capital... "se puso una cifra de luces que decían así:

Bajo de tal estandarte
reinará la religión
y la Casa de Borbón
del infame Bonaparte".

A los pocos días después se "echó bando" en Santa Fé dando noticia de la prisión de los reyes, y se advirtió que si entre los franceses que viven aquí había alguna "novedad" había que sacarlos del reino, como se hizo más adelante¹⁰. Vinieron después los Tedeum acostumbrados en estas ocasiones, como sucedió cuando el levantamiento de los Comuneros, cuando la muerte del rey de los franceses o cuando el triunfo sobre los ingleses en Buenos Aires, celebrado en todas las colonias hispanas.

Entre la población patriota la Revolución también impresionó de modo diferente tanto frente a los medios como frente a sus principios. Más que la Independencia de los Estados Unidos de América, será la formación de la nación norteamericana lo que impresionará a los criollos y a todo el mundo, de la misma manera que la Revolución Francesa impresionó por sus hechos dramáticos y sangrientos. Para el doctor José Félix de Restrepo los republicanos franceses no eran sino "fanáticos furiosos que no habían comprendido que la justicia, la seguridad, la libertad para todos son el fundamento y el fin esencial de la República"¹¹. Y el gran Nariño, quien, como el aguerrido combatiente amigo de Bolívar José María Ribas, no entraba en combate sin ponerse el gorro

frigio de los jacobinos, le decía al Virrey Sámano en carta de 1813, pidiéndole que ahorrara sacrificios y sangre inútiles al Nuevo Reino: "Abraza la santa causa de la Humanidad, de la Justicia y de la Razón. No crea usted que abuso de estos nombres sagrados, como lo hicieron los franceses al lado de su sangrienta guillotina, no soy tan energúmeno demócrata, ni un demagogo frenético"¹². Joaquín Camacho es un escritor que por esos años editaba en Santa Fe el Diario Político donde condenaba la acción demoledora de la Revolución Francesa, que no había construido nada hasta ahora, mientras Camilo Torres y Frutos Joaquín Gutiérrez en su "Manifiesto sobre los motivos que han obligado al Nuevo Reino de Granada a reasumir los derechos de la Soberanía" advierten contra los errores extremistas de los "libertinos de Francia". Se conoce también una obra anónima de Santa Fé en la cual el autor, un ilustrado neogranadino, aparentando ser una "señorita distinguida" analiza las causas que prepararon la Revolución. Se titula precisamente "Disertación sobre las causas de la Revolución de Francia" y es de comienzos del ochocientos. Enumera varios factores y desarrolla el primero: "De la confusión de las diversas clases de ciudadanos del orden social y político". Para él además los escritos de Voltaire, Rousseau, Marмонтel, son abominables y dictados por el demonio, fuente de irreligión y de independencia e insubordinación, que son otras tantas causas de la Revolución¹³.

Recordemos finalmente en este recorrido por la opinión pública del virreinato en los años revolucionarios lo que constituye un gran acontecimiento histórico, tanto para la filosofía como para la política de América: la traducción de los Derechos del Hombre publicada con el título "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" en 1794 por Antonio Nariño, quien fue además su distribuidor, la primera traducción a la lengua española de la famosa proclamación de la constituyente revolucionaria. Aquí se inician sus largos años de padecimientos y de cárcel: en un escape, uno de tantos antes de volver a caer, fue a la Francia del Directorio, a contactar con la misma revolución —con Tallien— la ayuda a la independencia de las colonias americanas.

Son estas las más importantes repercusiones de la Revolución en la opinión pública de la Nueva Granada del tiempo de hombres tan notables como el Arzobispo Caballero y Góngora, Mutis, Humboldt, Miranda, Nariño, Bolívar, Sucre, Santander y tantos otros, garantía por sí solos de la existencia de un vínculo perdurable entre la Gran Revolución y la Independencia y la fundación de nuestras repúblicas.

NOTAS

1. José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia*. T. I, p. 89.
2. Id. p. 89.
3. Renán Silva, *Prensa y Revolución a finales del siglo XVIII*, p. 132.
4. Id. p. 133.
5. Id. p. 139.
6. Id. p. 141.
7. Id. p. 146.
8. José María Caballero, *Diario de la Independencia*, p. 21.
9. Id. p. 55.
10. Id. pp. 55 y 58.
11. Juan Manuel Pacheco, *La Ilustración en el Nuevo Reino*, p. 168.
12. Id. p. 169.
13. Id. p. 169.